

# Poesias

1

Antonio Machado

**Freeditorial** 

## A don Miguel de Unamuno

Este donquijotesco  
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,  
lleva el arnés grotesco  
y el irrisorio casco  
del buen manchego. Don Miguel camina,  
jinete de quimérica montura,  
metiendo espuela de oro a su locura,  
sin miedo de la lengua que malsina.

A un pueblo de arrieros,  
lechuzos y tahúres y logreros  
dicta lecciones de Caballería.  
Y el alma desalmada de su raza,  
que bajo el golpe de su férrea maza  
aún duerme, puede que despierte un día.

Quiere enseñar el ceño de la duda,  
antes de que cabalgue, el caballero;  
cual nuevo Hamlet, a mirar desnuda  
cerca del corazón la hoja de acero.

Tiene el aliento de una estirpe fuerte  
que soñó más allá de sus hogares,  
y que el oro buscó tras de los mares.  
Él señala la gloria tras la muerte.  
Quiere ser fundador, y dice: Creo;  
Dios y adelante el ánima española...

Y es tan bueno y mejor que fue Loyola:  
sabe a Jesús y escupe al fariseo.

### **A don Ramón del Valle-Inclán**

Yo era en mis sueños, don Ramón, viajero  
del áspero camino, y tú, Caronte  
de ojos de llama, el fúnebre barquero  
de las revueltas aguas de Aqueronte.  
Plúrima barba al pecho te caía.  
(Yo quise ver tu manquedad en vano.)  
Sobre la negra barca aparecía  
tu verde senectud de dios pagano.  
Habla, dijiste, y yo: cantar quisiera  
loor de tu Don Juan y tu paisaje,  
en esta hora de verdad sincera.  
Porque faltó mi voz en tu homenaje,  
permite que en la pálida ribera  
te pague en áureo verso mi barcaje.

### **A José María Palacio**

Palacio, buen amigo,  
¿está la primavera  
vistiendo ya las ramas de los chopos  
del río y los caminos? En la estepa  
del alto Duero, Primavera tarda,  
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...

¿Tienen los viejos olmos  
algunas hojas nuevas?

Aún las acacias estarán desnudas  
y nevados los montes de las sierras.

¡Oh mole del Moncayo blanca y rosa,  
allá, en el cielo de Aragón, tan bella!

¿Hay zarzas florecidas  
entré las grises peñas,  
y blancas margaritas  
entre la fina hierba?

Por esos campanarios  
ya habrán ido llegando las cigüeñas.

Habrá trigales verdes,  
y mulas pardas en las sementeras,  
y labriegos que siembran los tardíos  
con las lluvias de abril. Ya las abejas  
libarán del tomillo y el romero.

¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?

Furtivos cazadores, los reclamos  
de la perdiz bajo las capas luengas,  
no faltarán. Palacio, buen amigo,

¿tienen ya ruiseñores las riberas?

Con los primeros lirios  
y las primeras rosas de las huertas,  
en una tarde azul, sube al Espino,  
al alto Espino donde está su tierra...

### **A Juan Ramón Jiménez**

Era una noche del mes  
de mayo, azul y serena.  
Sobre el agudo ciprés  
brillaba la luna llena,  
iluminando la fuente  
en donde el agua surtía  
sollozando intermitente.  
Sólo la fuente se oía.  
Después, se escuchó el acento  
de un oculto ruiseñor.  
Quebró una racha de viento  
la curva del surtidor.  
Y una dulce melodía  
vagó por todo el jardín:  
entre los mirtos tañía  
un músico su violín.

Era un acorde lamento  
de juventud y de amor  
para la luna y el viento,  
el agua y el ruiseñor.  
«El jardín tiene una fuente  
y la fuente una quimera...»  
Cantaba una voz doliente,  
alma de la primavera.  
Calló la voz y el violín  
apagó su melodía.  
Quedó la melancolía  
vagando por el jardín.  
Sólo la fuente se oía.

### **A la desierta plaza**

A la desierta plaza  
conduce un laberinto de callejas.  
A un lado, el viejo paredón sombrío  
de una ruinoso iglesia;  
a otro lado, la tapia blanquecina  
de un huerto de cipreses y palmeras,  
y, frente a mí, la casa,  
y en la casa la reja  
ante el cristal que levemente empaña

su figurilla plácida y risueña.  
Me apartaré. No quiero  
llamar a tu ventana... Primavera  
viene ?su veste blanca  
flota en el aire de la plaza muerta?;  
viene a encender las rosas  
rojas de tus rosales... Quiero verla...

### **A la muerte de Rubén Darío**

Si era toda en tu verso la armonía del mundo,  
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?  
Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,  
corazón asombrado de la música astral,

¿te ha llevado Dionysos de su mano al infierno  
y con las nuevas rosas triunfantes volverás?  
¿Te han herido buscando la soñada Florida,  
la fuente de la eterna juventud, capitán?

Que en esta lengua madre la clara historia quede;  
corazones de todas las Españas, llorad.  
Rubén Darío ha muerto en sus tierras de Oro,  
esta nueva nos vino atravesando el mar.

Pongamos, españoles, en un severo mármol,

su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:  
Nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,  
nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan.

## **A orillas del Duero**

Mediaba el mes de julio.

Era un hermoso día.

Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía,  
buscando los recodos de sombra, lentamente.  
A trechos me paraba para enjugar mi frente  
y dar algún respiro al pecho jadeante;  
o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante  
y hacia la mano diestra vencido y apoyado  
en un bastón, a guisa de pastoril cayado,  
trepaba por los cerros que habitan las rapaces  
aves de altura, hollando las hierbas montaraces  
de fuerte olor ?romero, tomillo, salvia, espliego?.  
Sobre los agrios campos caía un sol de fuego.  
Un buitre de anchas alas con majestuoso vuelo  
cruzaba solitario el puro azul del cielo.  
Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,  
y una redonda loma cual recamado escudo,  
y cárdenos alcores sobre la parda tierra  
?harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra?,  
las serrezuelas calvas por donde tuerce el  
Duero  
para formar la corva ballesta de un arquero



en torno a Soria. ?

Soria es una barbacana,  
hacia Aragón, que tiene la torre castellana?.

Veía el horizonte cerrado por colinas  
oscuras, coronadas de robles y de encinas;  
desnudos peñascales, algún humilde prado  
donde el merino pace y el toro, arrodillado  
sobre la hierba, rumia; las márgenes de río  
lucir sus verdes álamos al claro sol de estío,  
y, silenciosamente, lejanos pasajeros,  
¡tan diminutos! ¿carros, jinetes y arrieros?,  
cruzar el largo puente, y bajo las arcadas  
de piedra ensombrecerse las aguas plateadas  
del Duero.

El Duero cruza el corazón de roble  
de Iberia y de Castilla.

¡Oh, tierra triste y noble,  
la de los altos llanos y yermos y roquedas,  
de campos sin arados, regatos ni arboledas;  
decrépitadas ciudades, caminos sin mesones,  
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones  
que aún van, abandonando el mortecino hogar,  
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.  
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada  
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?

Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;  
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.  
¿Pasó? Sobre sus campos aún el fantasma yerta

de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.  
La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,  
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.

Castilla no es aquella tan generosa un día,  
cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía,  
ufano de su nueva fortuna, y su opulencia,  
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia;  
o que, tras la aventura que acreditó sus bríos,  
pedía la conquista de los inmensos ríos  
indianos a la corte, la madre de soldados,  
guerreros y adalides que han de tornar, cargados  
de plata y oro, a España, en regios galeones,  
para la presa cuervos, para la lid leones.

Filósofos nutridos de sopa de convento  
contemplan impasibles el amplio firmamento;  
y si les llega en sueños, como un rumor distante,  
clamor de mercaderes de muelles de Levante,  
no acudirán siquiera a preguntar ¿qué pasa?  
Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.

Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.

El sol va declinando. De la ciudad lejana  
me llega un armonioso tañido de campana  
¿ya irán a su rosario las enlutadas viejas?.  
De entre las peñas salen dos lindas comadreja;  
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen  
de nuevo, ¡tan curiosas!... Los campos se  
obscurecen.

Hacia el camino blanco está el mesón abierto  
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.

## A un naranjo y a un limonero

Naranjo en maceta, ¡qué triste es tu suerte!  
Medrosas tiritan tus hojas menguadas.  
Naranjo en la corte, ¡qué pena da verte  
con tus naranjitas secas y arrugadas!.

Pobre limonero de fruto amarillo  
cual pomo pulido de pálida cera,  
¡qué pena mirarte, mísero arbolillo  
criado en mezquino tonel de madera!

De los claros bosques de la Andalucía,  
¿quién os trajo a esta castellana tierra  
que barren los vientos de la adusta sierra,  
hijos de los campos de la tierra mía?

¡Gloria de los huertos, árbol limonero,  
que enciendes los frutos de pálido oro,  
y alumbras del negro cipresal austero  
las quietas plegarias erguidas en coro;

y fresco naranjo del patio querido,  
del campo risueño y el huerto soñado,  
siempre en mi recuerdo maduro o florido

de frondas y aromas y frutos cargado!  
**A un olmo seco**

Al olmo viejo, hendido por el rayo  
y en su mitad podrido,  
con las lluvias de abril y el sol de mayo  
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina  
que lame el Duero! Un musgo amarillento  
le mancha la corteza blanquecina  
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores  
que guardan el camino y la ribera,  
habitado de pardos ruseñores.

Ejército de hormigas en hilera  
va trepando por él, y en sus entrañas  
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,  
con su hacha el leñador, y el carpintero  
te convierta en melena de campana,  
lanza de carro o yugo de carreta;  
antes que rojo en el hogar, mañana,

ardas de alguna mísera caseta,  
al borde de un camino;  
antes que te descuaje un torbellino  
y tronche el soplo de las sierras blancas;  
antes que el río hasta la mar te empuje  
por valles y barrancas,  
olmo, quiero anotar en mi cartera  
la gracia de tu rama verdecida.  
Mi corazón espera  
también, hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera.

### **A un viejo y distinguido señor**

Te he visto, por el parque ceniciento  
que los poetas aman  
para llorar, como una noble sombra  
vagar, envuelto en tu levita larga.  
El talante cortés, ha tantos años  
compuesto de una fiesta en la antesala,  
¿¡qué bien tus pobres huesos  
ceremoniosos guardan!?  
Yo te he visto, aspirando distraído,  
con el aliento que la tierra exhala  
¿hoy, tibia tarde en que las mustias hojas

húmedo viento arranca?,  
del eucalipto verde  
el frescor de las hojas perfumadas.  
Y te he visto llevar la seca mano  
a la perla que brilla en tu corbata.

### **A un viejo y distinguido señor**

Te he visto, por el parque ceniciento  
que los poetas aman  
para llorar, como una noble sombra  
vagar, envuelto en tu levita larga.  
El talante cortés, ha tantos años  
compuesto de una fiesta en la antesala,  
¿¡qué bien tus pobres huesos  
ceremoniosos guardan!?  
Yo te he visto, aspirando distraído,  
con el aliento que la tierra exhala  
¿hoy, tibia tarde en que las mustias hojas  
húmedo viento arranca?,  
del eucalipto verde  
el frescor de las hojas perfumadas.  
Y te he visto llevar la seca mano  
a la perla que brilla en tu corbata.